

Filipinas heredera privilegiada, decía ayer... digo hoy, una conferencia-ensayo de Adelina Gurrea Monasterio

Andrea Gallo

Nota bio-bibliográfica

Adelina Gurrea Monasterio (1896-1971) fue «la principal poetisa filipina en nuestra lengua» según Luis Mariñas Otero (65), y la segunda mujer miembro de la Academia Filipina de la Lengua, correspondiente de la RAE, en la cual fue admitida en 1966¹.

Nacida en La Carlota (Negros Occidental) en 1896, de padre hijo de español y de mestiza y de madre española², se crió en Manila donde cursó sus estudios en inglés. Desde niña, sin embargo, Adelina escribió siempre en español por «vocación espontánea» y por ser ésta su lengua materna; a los once años, compuso una comedia – «una especie de plagio de algo que había leído» – que se representó en su colegio. Fue muy activa en el panorama de la cultura filipina y de las letras filipinas en español, siguiendo con su actividad cultural-literaria incluso después de su “forzoso” traslado a España junto a su familia en 1921.

Colaboró con periódicos y revistas filipinas como «La Vanguardia», «El Mercantil» y «Tiempo/Times» de Ilo-Ilo. En España donde vivió el resto de su vida (a pesar de unas largas estancias en Filipinas), Adelina siguió siendo muy activa, así que en 1934 cofundó en Madrid la «Asociación España-Filipinas», y en 1950 fundó en la capital española el Círculo Hispano-Filipino, órgano que editará obras de autores filipinos.

Su actividad literaria, aunque algo esporádica, fue significativa. En 1943 sacó a luz su mejor obra, la colección de narraciones malayas de las islas Filipinas: *Cuentos de Juana*. Con este libro obtuvo en 1951 el *Primer Premio del Círculo Internacional de Periodistas y Escritores de*

* Artículo aparecido en «Linguae et Litterae», 2008, (CAL-DEL, UP-Diliman).

¹ La primera mujer que fue admitida, en 1947, fue la poetisa Evangelina Guerrero Zacarías (1904-1949), autora de la colección *Kaleidoscopio espiritual* y de numerosos cuentos publicados sólo en revistas; ganó el premio Zóbel en 1935 y fue colaboradora de «La Opinión», «Excelsior», «La Vanguardia», «El Debate». Sin embargo, «Evangelina no quiso aceptar la elección por razones de modestia y de salud» (cit. en la introducción a la segunda edición de *Kaleidoscopio espiritual* y en Nilda Guerrero Barranco).

² La bibliografía sobre la autora es escasa. Beatriz Álvarez Tardío se ha ocupado detalladamente de la obra de Gurrea, trabajando incluso sobre inéditos; de próxima publicación son una preciosa antología bilingüe: *Adelina Gurrea Monasterio: Vida y obra. Estudio y antología*, por la Universidad Ateneo de Manila en colaboración con el programa de Cooperación Cultural entre España y Filipinas, y una edición comentada y anotada de *Cuentos de Juana*, por el Instituto Cervantes. Se le agradece por haber permitido la consulta de sus estudios. Parte de las informaciones se sacan de estos trabajos. A propósito de los orígenes de Adelina, recuerda Manuel García Castellón que: «en su crónica *Negros: historia anecdótica de su riqueza y sus hombres*, Francisco Varona cita el nombre de los Gurrea como una de las familias vascas (junto a los Aldecoa, Araneta, Camón, Lopetegui, Uriarte, Zuloaga) fundadoras del emporio azucarero que, a partir de 1840, surge en la isla visaya de Negros Occidental» (Manuel García Castellón en «Revista Filipina»).

Literatura de la Unión Latina de París; el texto se volvió a editar en 1955 por la misma institución con ilustraciones de Luis Lasa³. En 1954 Gurrea Monasterio publicó tres obras: la colección de poemas *A lo largo del camino* (que dos años después le mereció el premio Zóbel compartido con José P. Bantug), la conferencia-ensayo *Filipinas heredera privilegiada decía ayer... digo hoy*, y la pieza teatral en un único acto *Filipinas, auto histórico-satírico*. A tanta profusión de títulos y actividades sigue un largo silencio de diez años que se rompe en 1964 cuando la prestigiosa Editorial Doncel de Madrid premió su libro infantil *Comodón y Pamplinosá*⁴. En 1966 Adelina fue admitida en la Academia Filipina de la Lengua, leyendo el discurso *Rizal en la literatura hispano-filipina*. Al final de su vida, nuestra autora reunió poemas escritos anteriormente y publicados sólo en revistas, editando de esta forma dos volúmenes, uno con el título *Más senderos* (1967) y otro titulado *En agraz* (1968). Existen noticias de que escribió más, ya que hay constancia de que compuso varios cuentos y por lo menos dos comedias y algún ensayo, menos cierta es la información sobre una novela histórica. Adelina Gurrea Monasterio falleció en Madrid el 29 abril de 1971.

Significado de su actividad

Gran parte de la obra publicada de Adelina, bien ensayo o creación artística pura, se dedica de alguna manera a reflexionar sobre la identidad cambiante de Filipinas y sobre sus varias integrantes (la malaya, la española y la norteamericana) en continuo devenir, en continuo entrelace entre ellas. Aunque su mejor prueba artística – *Cuentos de Juana* – se debe reconocer como un texto importante de toda la literatura filipina del siglo XX, y a pesar de que Adelina fue poetisa de buena calidad (en nada inferior a otros autores), se le puede considerar sobre todo una animadora cultural que intentó fomentar la cultura hispánica en una época de decadencia para ésta, operación que ella desarrolla con la convicción de que lo hispánico es algo propio de Filipinas, al igual que intenta sensibilizar la cultura peninsular al problema de Filipinas.

Ella misma afirma al publicar en Madrid en 1954 la colección *A lo largo del camino* que la razón principal de edición es: «para que mi patria, Filipinas, tenga una representación más de sus poetas de habla hispana... siempre fue sueño y ambición de mi vida dar todo cuanto pudiese para evitar la extinción del castellano en mi tierra, y ahora, para hacerlo resurgir de nuevo» (12). Si esta afirmación no excluye la coexistencia en ella de una legítima ambición de expresión artística

³ La noticia del premio aparece en la introducción de *Filipinas, auto histórico-satírico*. La Unión Latina no es la actual asociación con sede en Santo Domingo y París, la cual ha nacido en 1954 y ha empezado a premiar a escritores de lenguas latinas sólo a partir de 1990, sino otra organización con el mismo nombre. Sobre ésta no ha sido posible recuperar más informaciones.

⁴ El cuento se transmite habitualmente con el erróneo título de *Comodón y Pamplinosá*; la corrección se debe a Beatriz Álvarez Tardío.

personal, sin embargo, es un claro testimonio de que su actividad literaria tenía significado dentro del más grande problema de la conservación y transmisión del español como patrimonio autóctono. El deseo de Adelina parece ser ante todo el de transmitir a la posteridad un mundo, incluso lingüístico, que le era propio y natural y a cuya agonía estaba asistiendo. De no haber sido ésta la situación de Filipinas puede que ella hubiera escrito de una forma muy diferente, sin embargo la urgencia que emana de la obra a la que el lector hoy puede acceder es la de perpetuar lo hispano como algo propio del mundo cultural filipino. Este planteamiento se evidencia también en sus obras de juventud que, nacidas como simples composiciones de ocasión o de pura expresión lírica, vienen más adelante retomadas con el intento de dar señales de vida de una literatura y una cultura dada de lado y ya minoritaria. Y en Adelina la opción del castellano es una condición que connota su realidad de autora y la destaca entre otras mujeres, pero también la deja al margen. Y en efecto Álvarez Tardío clasifica a Adelina de «relegada» en el «limbo de los escritores a medio camino», es decir, en ese grupo de escritores que, eligiendo el español en una época de florecimiento del inglés, «podríamos agrupar bajo el nombre de escritores desarraigados», con el resultado de que Adelina se ve privada de reconocimiento tanto en Filipinas como en España. Toda la escritura de Gurrea Monasterio es un canto a su añorada Filipinas: «El desarraigo producido al verse alejada de su tierra filipina conlleva la necesidad de escribir piezas poéticas que reconstruyen una Filipinas idealizada a través de su naturaleza»; así hay obras que solamente rozan esta postura y obras que entran propiamente en el tema, es este el caso de la conferencia-ensayo *Filipinas heredera privilegiada decía ayer... digo hoy* la cual, junto con el *Filipinas, auto histórico-satírico* es su obra más destacadamente «política».

Filipinas heredera privilegiada, decía ayer... digo hoy

Filipinas heredera privilegiada decía ayer... digo hoy es un texto publicado en 1954. Edita una conferencia pronunciada por Adelina Gurrea Monasterio en dos momentos diferentes alejados el uno del otro: data de 1935 la primera parte, leída en la Asociación «España-Filipinas»; a la época de publicación (1954), cuando Adelina era secretaria del Círculo Filipino de Madrid, remonta la segunda, que fue pronunciada en dicho círculo. A estas dos fechas se refieren por lo tanto los dos subtítulos *Decía ayer* y *digo hoy*. De esta manera es un escrito que refleja claramente dos momentos lejanos y distintos, dos etapas de la vida de la autora, dos épocas históricas, y entre las cuales hubo dos guerras, dos grandes choques colectivos, la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial que en Filipinas y en todo el Pacífico no fue menos terrible que en Europa. Anima todo el escrito un «planteamiento historicista y evolutivo» (Álvarez Tardío).

Se abre el texto con la explicación de las razones de los dos distintos momentos de composición; la autora, según afirma, no ha querido cambiar nada por «honradez profesional» y porque, a pesar de la diferencia que se nota, seguía todavía compartiendo esa visión expuesta casi veinte años antes:

La primera parte de esta conferencia, que corresponde al subtítulo «Decía ayer», es una repetición de una disertación que di en el año 1935 [...] No he querido cambiar ni corregir nada en ella, por honradez profesional, ya que si después de diecinueve años hay errores posibles en cuanto quise profetizar, debo dejar patentes dichos errores. Yo, sin embargo, creo que he acertado, y si algunas de mis apreciaciones pudieran parecer pretenciosas o falsas, el tiempo es, aún, quien debe enjuiciarlas en lo futuro (5).

El objetivo de este escrito al parecer es «meramente informativo».

Tampoco fue un capricho mi elección, ni siquiera un prurito de presentar algo original, pero de carácter meramente informativo. No, hay un fin de utilidad patria en esta exposición - quiere haberlo por lo menos - y si no se alcanza dicha utilidad será por torpeza exclusivamente mía (6).

Adelina, con una profesión de modestia que es una estrategia retórica de *captatio benevolentiae* para conseguir atención y crédito por parte de su audiencia, según dice, no pretende exponer algo original sino reflexionar sobre el pasado y sobre la doble herencia de Filipinas con el fin de proponer un futuro que aproveche todos los aportes culturales que las islas han recibido.

Al demostrar que Filipinas es una heredera privilegia, quiero traer a la mente de cada hijo de Filipinas que su patria está colocada en situación especial para hacer de ella una potencia dirigente en el Oriente, y que sólo la desidia de sus habitantes impedirá el que cumpla esa gran misión que la asignó la historia al verter sobre ella cuantos dones son precisos para erigirse en luz, en antorcha, en continuadora de la civilización que comenzó en Asia, y moviéndose hacia el Oeste vuelve a Asia otra vez. Pero no a los pueblos viejos. Los caminos jóvenes de las jóvenes civilizaciones necesitan juventud para cumplir su destino. Filipinas esta en su adolescencia (6).

En la visión de la joven Adelina, Filipinas es un país nuevo que está en su adolescencia y para crecer necesita atesorar su herencia por completo. Monasterio, que en esa larga primera parte peca de retoricismo, compara la situación de su país con la de los pueblos de la antigüedad, Egipto, Grecia y Roma, y reconoce en el modelo bipolar de Grecia (Esparta y Atenas) un paralelismo con Filipinas que ha sido colonizada por dos diferentes pueblos occidentales:

Me extiendo un poco más con Grecia porque fue un pueblo que no deben olvidar los filipinos, y hago hincapié en que el hecho de su grandeza tuvo por base la fusión de dos fuerzas que se completaron e hicieron un todo perfecto para la vida [...] y subrayo esas sus dos características porque Filipinas ha recibido, herencias de dos fuerzas semejantes, que deben aprovecharse para los mismos fines de grandeza que realizó Grecia: América,

músculo, empeño, tenacidad, lucha dinamismo; España, espíritu, tradición, ideal, arte, intelecto, corazón (8-9).

Teoriza una visión de la historia como una continuidad espiritual de valores y de conocimientos en la que la herencia de Roma, a través de España, pasa y se transmite a Filipinas y, por lo tanto, esa herencia antigua y prestigiosa entra a formar parte del patrimonio genético del país asiático:

Roma dejó en España instituciones, que han perdurado con más pureza que en la misma tierra que las creó, y Filipinas, al recoger esa herencia también, tiene una relación indirecta, con aquella Roma de entonces, directriz absoluta de los destinos del mundo, pero, sobre todo, de los destinos de Europa, de la civilización occidental (9).

Y es sintomático que en ésta (a la vez antigua pero también moderna) visión de la historia como continuidad espiritual de valores y de conocimientos, no haya espacio ni mención para lo nativo que preexistía, y que – si se transmiten herencias a través de una «relación indirecta» – parece casi no dejar huellas (¿positivas?), ya que probablemente no se considera portador de valores. Sigue un largo *excursus* histórico sobre los descubrimientos y la colonización de Filipinas, cuyo objetivo es rematar los orígenes de esa...

...herencia privilegiada de Filipinas en el campo de la Historia, de la Cultura, de la Religión, del Carácter y de la Moral ...[con la finalidad de] ... demostrar que puede ser uno de esos pueblos faros, de esos pueblos maestros, por su virtud de dones y de gracias, de coincidencias y de esfuerzos buscados, de heroísmos y de fanatismos, de un cúmulo, en fin, de regalos históricos, raciales y geográficos (9-10).

Curiosa parece la afirmación de que fue una fortuna para las islas no ser colonizadas por los portugueses como debía ser según el tratado de Tordesillas:

Afortunadamente, y se debe anotar este hecho como un golpe de suerte para Filipinas, no se dieron cuenta entonces de que éstas se hallaban a pocos grados al oeste de las Molucas... Si Portugal hubiese recabado sus derechos... su suerte [de Filipinas] hubiera sido muy distinta de la que es (13).

Evidentemente, Adelina Monasterio considera que el futuro bajo la corona de Portugal habría sido incierto, precario e intranquilo. Contrariamente para Gurrea, según una visión – muy propagada en esa época de incipiente nacionalismo – algo providencialista de la historia y de la vocación imperial de España, ha sido una suerte la colonización por parte de un país con muchas «virtudes» como España:

Queda, pues, explicado porque podemos decir que Filipinas es una heredera privilegiada en el campo del la *historia*; fue colonizada por amor a ella, y no en virtud de sus riquezas – que entonces no significaban nada – por la nación más poderosa, más hidalga y más llena de fervor evangélico (17).

Con claro marco colonialista aparece el juicio que, en su primera composición (1935), Adelina da sobre la cultura nativa, considerada como algo bueno pero primitivo; manifiesta muy claramente esa idea del «mito del buen salvaje» que, las curas de los “buenos” misioneros, al no difundir la lengua española, han preservado durante siglos en un prolongado, y supuestamente feliz, estadio infantil:

Esto fue un mal para España pero un bien para el país, por cuanto que así se prolongó la infancia de las islas, y viene a caer su juventud en una época, la presente, en que coincide con la vuelta de la civilización al Oriente, y Filipinas puede recibirla y dirigirla con toda la pujanza de un pueblo joven, vigoroso y admirablemente preparado con armas modernas, tanto morales como materiales (15).

Y siempre con una aptitud colonialista y una visión providencialista de la experiencia colonial, afirma que la fusión de varios pueblos se ha verificado gracias a la grandeza de España, el mejor colonizador posible de la época:

De toda esta breve historia se desprende que Filipinas tuvo por primera potencia colonizadora al imperio más fuerte de aquel tiempo (15),

y cuyos defectos, casi como siguiendo un proyecto providencial, han sido luego subsanados por la otra diferente colonización:

Así, pues, la segunda herencia de Filipinas fue también la mejor de su tiempo, como España fue lo mejor en el siglo de su descubrimiento, porque además de ser América del Norte, país rico, poderoso, pujante y organizado, se olvidó un poco de ciertos métodos de imperialismo que había usado para con otros pueblos por ella tutelados, y dio a Filipinas favores excepcionales, respetando toda la cultura y la obra anterior, del anterior país colonizador. Y le dio sobre todo la fuerza material, el nervio, el músculo, el cálculo, que por demasiado idealista y soñadora no le había sabido dar España (19).

Según esta visión, Filipinas sería el producto de lo mejor de Occidente y la síntesis entre los valores del espíritu (España) y la inteligencia práctica (Estados Unidos), destacándose de entre sus vecinos que, o atrasados, como Borneo, Sumatra y Java, o forzosamente occidentales, aunque sólo en apariencia, como Japón, no poseen los recursos de su país.

Filipinas recoge las dos características, las dos herencias, y debe conseguir formar un conjunto perfecto de una juventud con experiencia. Hablemos de la enorme ventaja de haber heredado también las dos lenguas más universales y de más utilidad en todos los ramos de la vida moderna (22).

En fin, la gran herencia y fuerza de Filipinas es nada más que la religión cristiana, el verdadero elemento de unidad de las miles de islas del archipiélago:

Pese a quien pese, nadie puede negar la realidad en cuanto al papel del Cristianismo en la Historia del mundo.Y esta religión está representada en Oriente por Filipinas. Más aún, Filipinas es el único pueblo cristiano del Oriente, con una unidad en su religión, y, por tanto, puede actuar moviendo los mismos resortes morales en la conciencia de las masas, para llevarlas hacia una unidad de cultura y una unidad política completamente occidentales. [...] la religión cristiana ha de ser para Filipinas la base sobre la cual ha de levantar el edificio de la civilización de Europa en el Oriente (25-27).

Concluye esta primera parte del discurso con una exhortación a la responsabilidad de los filipinos:

Y si en Filipinas no se pasea triunfalmente, habrá de ser porque el filipino no habrá querido administrar la cuantiosa herencia de sus colonizadores, y, cual hijo pródigo, inconsciente, irresponsable, vacío de amor patrio y desnudo de afán progresivo, dilapide esa fortuna espiritual y material y entregue sus herencias a la usura imperialista de otros pueblos orientales donde el hombre no tiene más importancia que la de ser un eslabón en la continuidad de la raza (27).

En la segunda parte de este ensayo – *Digo hoy* – escrita tras veinte años, dejado el retoricismo escolar, Adelina demuestra mayor madurez y capacidad crítica y deja entrever la desilusión seguida a la devastación bélica y a la, en cierto modo, peor situación tanto filipina como mundial. Sin embargo destaca la coherencia de pensamiento que, depurada de los ardores juveniles, es capaz de penetrar la realidad profunda, sacando de los males que han caído sobre Filipinas unos beneficios:

Así y todo, yo sigo diciendo que Filipinas debe ser el país faro y guía del Oriente, por todo cuanto he expuesto antes, por su preparación occidental, y ello a pesar del error cometido que retrasa su progreso en muchos años (30).

Agudamente observa como un nacionalismo exasperado haya una vez más dañado Filipinas; el conceder la independencia demasiado temprano se convierte en una ventaja más para el último colonizador (los EE.UU.) que al final ha sacado su provecho antes y, tras haber utilizado Filipinas para su guerra, sigue sacándolo al dejar una colonia completamente arruinada:

Filipinas ha escogido muy mal momento para recibir su independencia; muy mal por dos motivos: primero, porque es disparatado recibir la libertad sobre un campo humeante de ruinas; aceptar la responsabilidad de andar sola y sin tutela por el vacío cuya ingravidez no ofrecía estabilidad alguna, emprender una carrera política y económica sobre yermos, espinos, pedregales, cuesta arriba y sin el entrenamiento de una experiencia adquirida. Ya hubieran sido difíciles los primeros pasos en momentos normales; en las circunstancias en que se realizó el comienzo de nuestra independencia la tarea era, para superhombres. Con ciudades arrasadas, sin servicios de agua, de electricidad, de transporte, de urbanización, sin viviendas y con la autoridad debilitada para el mantenimiento del orden público, con enemigos emboscados en el caos de una postguerra, la situación era simplemente trágica y sólo una irresponsabilidad o una desmedida ambición pudieron aceptarla en tales condiciones. [...] ¿Qué economía podía prosperar con un capítulo tan pesado de gastos para la reconstrucción, si ésta era de enormes proporciones y la falta de producción en la industria y el agro no podía ofrecer los medios para ello? La ayuda recibida no era nada

comparada con lo necesario. Y ocurrió, y aun ocurre, que el ciudadano filipino, acostumbrado a una vida paradisíaca, fácil en el trabajo y las ganancias, se ha sentido defraudado ante tanto sacrificio como se le ha exigido, considerando que se le pudo haber evitado tal calvario con sólo haber esperado a que América nos hubiera dejado el país como antes de ser destruido por causa de una guerra, contra ella precisamente (30-31).

Palabras muy claras y motivadas incluso por cierta rabia, la rabia de quien ve su país devastado por una guerra ajena a sus intereses o vanidades de conquista, guerra que ha ulteriormente retrasado el desarrollo del país:

Al echarse los filipinos sobre sus hombros toda esta ingente tarea, han retrasado el progreso de Filipinas por lo menos veinte años (32).

Tampoco Adelina se niega a criticar el planteamiento nacionalista fomentado por Japón y bien descubre lo que detrás escondía:

La guerra vertió sobre la esencia de las herencias de Filipinas una serie de reactivos perjudiciales para la consolidación de aquélla; consolidación que debía llevar a la formación definitiva del carácter del filipino. La propaganda del Japón en un sentido racista, con el lema de «Asia para los asiáticos» —aunque la fuerza occidental del filipino no quiso hacerse eco de ella, y aunque el intelectual filipino sabía que en realidad había que leerlo y entenderlo como «Asia para el Japón» —no dejó esta propaganda de impresionar al pueblo menos preparado y tan amante y orgulloso siempre de su calidad malaya (33).

Profética resulta ahora, después de un tan largo proceso de decadencia, la percepción de la situación de la juventud filipina, agravada por una educación cada día peor que no sabe (o no quiere) transmitir a las nuevas generaciones la “pluriculturalidad” de Filipinas:

Por observaciones hechas en jóvenes de la nueva generación de habla inglesa, deduzco además que la influencia norteamericana no se ha consolidado en el alma filipina, probablemente porque no ha tenido tiempo para ello, y estos jóvenes, despegados de su otra influencia, por ausencia de contactos en su período educativo, flotan en una insensibilidad espiritual que reclama una rápida intervención que los lleve a tierra firme por medio de una muy cuidada educación que no desprecie ni desperdicie nada de sus dos influencias mencionadas. Tarea muy difícil, desde luego, pero que hay que llevar a cabo si no queremos que al fraguar en el crisol histórico el contenido de dichas influencias, resulte el filipino un ser híbrido, quebradizo y vacilante que arrastre como secuela de su inestabilidad un marcado complejo de inferioridad (34).

En fin, en el discurso de Adelina queda claro que hay que hacerse cargo y responsabilizarse de la propia historia tal como es, y que ésta nunca se puede borrar. Precisamente en esta intuición, en la capacidad de sacar de los males del pasado una oportunidad para el porvenir, está su modernidad y su pujante actualidad:

El nacionalismo extremado no puede ser un remedio de ninguna manera, porque el pasado no se puede borrar ni se puede perder del todo. Volver a nuestra pura esencia malaya es tan imposible como borrar del calendario trescientos cincuenta años. [...] Hay algo ya indeleble en el espíritu filipino, pese a apariencias rotundamente indígenas o sajonas, algo sustancial

en su moral, su religión, su carácter y su cultura, sedimentado por los siglos de convivencia con España. ¿Debemos, por esto, cultivar exclusivamente esta faceta de su ser? De ningún modo. Quédense las excelencias de lo nativo, ... quédese el dinamismo de lo sajón y su sentido práctico (pp. 34-35).

Gurrea en su razonamiento plantea un problema esencial en la definición de la identidad nacional, es decir, el problema de la lengua que, como en la «perfectamente civilizada» Suiza, no tiene por qué ser una y una sola, y propone una educación bilingüe (a la vanguardia hoy):

Y que se aprendan los versos castellanos que los poetas filipinos escribieron en ese idioma, sin traducirlos, aunque sean la letra del Himno Nacional. ... Filipinas debe ser una nación bilingüe, por lo menos, y ¡qué armas en la lucha por la vida resultarán el inglés y el español para el ciudadano filipino! (35).

Si ésta es la propuesta, Adelina no falta de registrar la triste realidad:

En el momento presente, tengo la sensación de que la enseñanza en Filipinas es bastante superficial... La historia de España, sabida actualmente por una mayoría de filipinos, es una historia adulterada por la leyenda negra, y la desvirtuación de lo real [...] seleccionando únicamente lo malo que forzosamente ha de arrastrar una colonización (36).

Y bien concluye:

Que todos los metales preciosos de su herencia sean fundidos, mantenidos por el calor del patriotismo y vertidos en el crisol del cristianismo, para que del mismo salga fraguado y moldeado el carácter y el alma históricos de una raza, homogénea en su diversidad y capaz de dirigir los destinos en esa parte difícil y algo ambigua del mundo, que geográficamente es el Este y el Sudeste de Asia (38).

No cabe duda de que, por razones biográficas, las simpatías de Adelina se dirijan a España y su legado lingüístico-cultural. Asimismo su lenguaje está construido según modelos estético-retóricos tradicionales, los en boga en la España franquista, formas de expresión a las que corresponde desde el punto de vista ideológico una visión del mundo que todavía no ha asumido como un valor positivo la descolonización; en esto refleja las dudas y las contradicciones de una generación que asiste a cambios epocales pero que no siempre alcanza ver sus buenos resultados.

Sin embargo, depurado de la énfasis retórica y de cierto tono de *laudator temporis acti*, su discurso es en el fondo realista y abierto a lo moderno: Gurrea Monasterio consigue poner de lado rencor y reivindicaciones inútiles para proponer un modelo cultural y civil que, además de posible, sea ventajoso y rentable, y que convierta los avatares de la historia en una oportunidad para su tierra. La autora es capaz de presentar algunas pistas de reflexión interesantes y, en unos momentos, demuestra una muy aguda capacidad de penetración de la realidad de entonces. Se da cuenta de la crisis de valores y de identidad que está devorando el corazón de la nueva República, y, aunque no

lo diga, parece identificar en la política, en una política responsable, el único instrumento eficaz para transformar Filipinas de una periferia colonial a una «heredera privilegiada».

Conclusiones

Filipinas heredera privilegiada, a pesar de sus evidentes límites, es un escrito interesante porque nos ofrece una reflexión diacrónica, a lo largo de veinte años, que permite observar la evolución, o mejor, la involución del problema de la identidad filipina en el siglo XX y el de la difícil «digestión» y asimilación de todos los hechos, choques y «accidentes» históricos de la vida de esta compleja comunidad nacional. En cierto modo, expresa inquietudes todavía actuales y registra una situación de sufrimiento de una entera comunidad por el menoscabo de un bien que es una parte importante de la identidad de esta nación.

Adelina Gurrea evidentemente ha tomado conciencia de este problema porque percibe esta pérdida gracias a su herencia familiar, por pertenecer a una familia hispano-filipina; ella no plantea una restauración del pasado, tanto imposible como inútil, sino una recuperación global de todo lo que ha constituido la fisonomía filipina hasta hoy, es decir toda herencia, tanto indígena como colonial, y reconoce en esta problemática pluralidad la riqueza única de Filipinas. Con de la Costa, ella también parece afirmar que: «*Our national culture is not what we have in the beginning, it is what we have today. And what we have today is not what we have to begin with, it is also what we have made our own. It is this totality, with all its diversity of parts and complexity of structure, that we have any right to call the culture of the Filipinos*» (Joaquín 333).

Y efectivamente nuestra autora trata de considerar los acontecimientos no tanto como simples traumas violentos, como una serie de accidentes históricos que se derivan de un modelo ideal, sino como un fluir continuo de hechos y eventos que necesitan ser digeridos y asumidos hasta en su aporte conflictivo. Reconoce en este fluir de eventos faustos y de derrotas, un abanico de opciones que brinda la posibilidad de sacar lo bueno de cada experiencia para proyectar un futuro capaz de valorar lo mejor de todas las aportaciones culturales.

Fundamental en este sentido resulta el papel de la educación, y en consecuencia de la política. Si la conferencia de Adelina propone válidas sugerencias, animando a que este país asiático aproveche su riqueza, la realidad presente parece evidenciar como se han perdido muchas citas con la historia. En fin, a pesar de sus personales simpatías y convicciones, amonesta a su pueblo de que la herencia hispánica – como todo legado – es tan propia e íntimamente filipina que no se puede ignorar o borrar. Como escribía Nick Joaquín, «*it was Felipe Segundo who started the development of a national community by gathering us together under the sound of the bell*» (410).

Obras citadas

- Guerrero de Barranco, Nilda. *Nostalgias*. Manila: Ediciones Fil-Hispanas, 1968.
- Guerrero Zacarías, Evangelina. *Kaleidoscopio espiritual*. Ciudad Quezon: Imprenta Phoenix, 1959.
- Joaquín, Nick. *Culture and History*. Pasig City: Anvil, 1988.
- Mariñas Otero, Luis. *La literatura filipina en castellano*. Madrid: Editora Nacional, 1974.

Obras de Adelina Gurrea Monasterio

- *Cuentos de Juana*. Madrid: Imprenta de Prensa Española, 1943; 2ª ed. 1955.
- *A lo largo del camino*. Madrid: Círculo Filipino, Tall. Gráfico Gaspaje, 1954.
- *Filipinas, auto histórico-satírico*. Valladolid: Imprenta Agustiniana, 1954.
- *Filipinas, heredera privilegiada; decía ayer, digo hoy*. Madrid: Círculo Filipino - Tall. Gráfico, 1954.
- *Más senderos*. Madrid: Imp. Suc. de Rivadeneyra, 1967.
- *Rizal en la literatura hispano-filipina*. Discurso de ingreso en la Academia Filipina. Manila: University of Santo Tomás Press, 1967.
- *En agrad*. Madrid: Graf. Dante, 1968.

Bibliografía sobre Adelina Gurrea Monasterio

- Álvarez Tardío, Beatriz. *Adelina Gurrea Monasterio: Vida y obra. Estudio y antología*. Manila: Ateneo de Manila Press, en prensa.
- —, Introducción a *Cuentos de Juana*. Manila: Instituto Cervantes, en prensa.
- Brillantes, Lourdes. *80 años del premio Zóbel*. Manila: Instituto Cervantes – Fundación Santiago, 2000, pp. 212-216.
- —, *81 years of Premio Zóbel*. Manila: Georgina Padilla y Zóbel – Filipinas Heritage Library, 2006, pp. 196-200.
- Gallo, Andrea. *La herencia hispánica en dos autoras filipinas del siglo XX: Adelina Gurrea Monasterio y Elizabeth Medina*, en *Escritoras y pensadoras europeas*. Sevilla: Arcibel, 2007, pp. 297-320.
- —, *La inspiración religiosa en la poesía de Adelina Gurrea Monasterio*, en «Annali di Ca'Foscari». Sezione occidentale, vol. 47, fasc. 1, 2008.

- García Castellón, Manuel. *Estampas y cuentos de la Filipinas Hispánica*, Madrid: Editorial Clan, 2001.

En Internet

- Álvarez Tardío, Beatriz. Ficha sobre Adelina Gurrea Monasterio, www.escriptorasypensadoras.com/fichatecnica.php/137 (2007).

- García Castellón, Manuel *Introducción a «La doncella que vivió tres vidas» (Un cuento de Adelina Gurrea)*, en «Revista Filipina», ISSN 1496-4538, Tomo V No. 4, Primavera 2002, www.revista.carayanpress.com.